Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 6

SAN JOSÉ, COSTA RICA **1923** LUNES 21 DE MAYO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Los maestros y la cultura

Los hispano-americanos referimos instintivamente el desarrollo de la cultura a la acción del Estado y celebramos con alborozo la aparición de la que solemos llamar «una nueva fundación cultural»: una escuela, una biblioteca, un museo.

Parecería que está en manos del Estado un fiat milagroso de cultura, que la crearía ex-nihil como una simple emanación de su esencia.

Hay, desde luego, en esto un sofisma, el sofisma conocido de tomar el continente por el contenido. Tomar la escuela o el colegio como una fuente de cultura, es un sofisma. Puede ser fuente de cultura, puede no serlo. Una escuela no crea ni expresa la cultura de un pueblo en mayor proporción que el teatro o la prensa, o el Gobierno o el ejemplo de las clases dirigentes o el ejemplo extranjero o una doctrina prevalente.

Si cada uno de nosotros consulta su conciencia respecto del origen de su propia cultura, encuentra que ella no procede precisamente de la escuela, sino a veces de un hombre de esa escuela, pero generalmente de otros hombres con quienes convivió, o de los libros que leyó libremente, de las meditaciones que ellos sugirieron.

Conviene precisar el concepto: cultura no es ilustración, no se la gradúa por la dosis de ciencia que poseamos, porque encierra esencialmente una porción que es sentimental, supone un desarrollo de la sensibilidad, en el que entra, sin duda, el cultivo de la inteligencia.

Quizá pudiera decirse que es una ilustración que ha descendido de la inteligencia a la sensibilidad por exósmosis, hasta convertirse en un sentimiento, una elaboración sentimental del conocimiento. Es una manera general de ver y de reaccionar de la personalidad, pues que siendo un sentimiento, es un motivo, uno de los mayores motivos de la acción. Si la ilustración es un fenómeno de la inteligencia, la cultura es un fenómeno de la personalidad total. Si la ilustración es un fenómeno de digestión—suele serlo de simple deglución — la cultura es un fenómeno de nutrición. Por eso nadie ignora que es posible la ilustración sin cultura.

Se me ocurre que una frase de Marco Aurelio que me suena siempre al oído, cuando, hablando de Antonino dice: «sentía una íntima alegría cuando recibía un consejo superior a su propio pensamiento», puede ser presentada como un esquema del acto de adquisición de cultura, y, por tanto, su definición, puesto que actúan a un tiempo la alegría, que es estado emocional; el consejo, que es norma de conducta; el pensamiento, como manifestación intelectual, y la simpatía como medio de transmisión.

Si eso es cultura, se ve inmediatamente que el Estado no puede tener en sus manos el monopolio de la capacidad de crearla, ni esa capacidad por esencia.

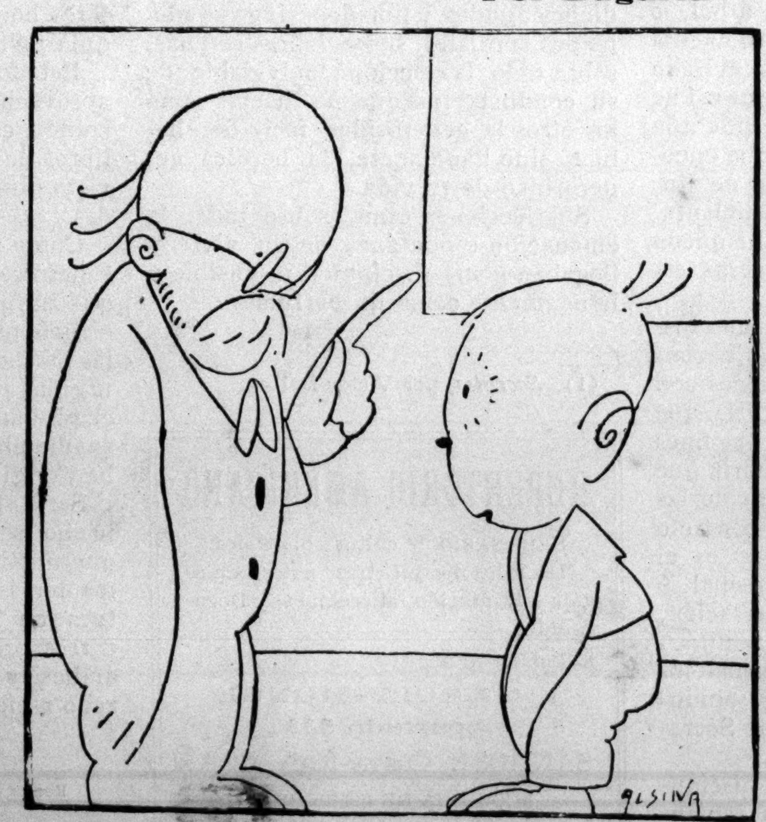
Si la cultura es un hecho social que supone la simpatía, lo que es político no puede ser cultural, porque lo político importa una lucha en el interior de la sociedad.

El político carece de universalidad porque ha excluido de su simpatía al adversario, porque necesita excluirlo para ganar en el cofrade la intensidad de adhesión más útil para la acción que la extensión que pierde.

Cuando la cultura está generalizada, la acción política no la destruye, pues se desenvuelve por encima de ella, como un verdadero epifenómeno, pero cuando no existe cultura generalizada, la acción política la impide. La América latina, todavía facciosa, sin tradiciones de cultura, con luchas políticas bravías, necesita manantiales de cultura preservados de tales vaivenes y enconos, es decir, que no estén sujetos a la acción política.

Los hombres del porvenir,

Por Bagaría



—¿Qué me dice usted de Gramática?
—Fútbol.
—¿Y de Aritmética?
—Fútbol.
—¿Y de Geografía?
—Fútbol.

(*El Sol*, Madrid).

De modo que siendo una idea falsa la de la capacidad del Estado para crear cultura, es además una idea destructora de la cultura, porque al pretender crearla la frustra y bastardea, privándola de la condición de la generalidad. Cuando hablamos de la creación cultural del Estado, pensamos en lo que es una simple apariencia.

Un plan de enseñanza, la erección de un instituto docente, no tienen valor cultural por sí, porque no son sino fórmulas. Tienen el valor de los hombres que las hagan vivir. Un hombre vale más que una escuela, porque ésta vale por medio de aquél, y solamente en la medida de su valor.

Por eso un hombre de real y serena cultura es una fortuna considerable. A medida que el medio social en que actúa es menos complicado, la penetración de su influencia es más intensa y segura, como una luz al través de un medio homogéneo.

Hace pocos días ha sido historiada la acción de uno de esos hombres, Amadeo Jacques, por el joven escritor D. Aníbal R. Ponce. Muestra cómo dejó un gérmen imperecedero de cultura en las generaciones que adiestró.

Hay en esa influencia de un gran maestro un fenómeno semejante al fenómeno físico de la impregnación. Yo lo compararía a la acción de un acontecimiento de la naturaleza en la vida de las plantas. En los círculos concéntricos del tallo de un árbol, o en los anillos por cuyo número cuenta sus años la palmera, el ojo avisado puede señalar por la huella que así ha dejado en lo recóndito de su vida una primavera de hielos tardíos que encogió la fibra, o una primavera de lluvias y de soles que la crió opulenta. Han pasado los años, pero ahí queda la historia de ambas primaveras escrita por sus propias manos.

Alguna vez he pensado en una institución cuyo fin fuera facilitar el contacto permamente de los jóvenes con los hombres superiores. Se diría que es ese, precisamente, uno de los fines de las Universidades. Contestaría que atraerlos ha de ser la conducta de las Universidades, pero que el contacto que hoy ellas proporcionan no es el deseable, sino otro más personal y menos áulico: el de la conversación, el del diálogo espontáneo y familiar, que conduce, como al azar, hacia los caminos de la verdad y de la sabiduría, algo de lo que ha hecho de Sócrates el modelo de los maestros.

Sócrates preguntaba a sus discípulos lo que ellos pensaban y sabían, antes que imponer su propia ciencia. Va a la plaza, a los gimnasios, a los talleres, inicia una conversación que originada en motivos frívolos, por vías imprevistas, lleva hacia los más arduos problemas. A cado uno habla de lo que le interesa, para abrir la puerta de su simpatía, y habla de pintura con Parrhasios y de escultura con Cliton el estatuario. Sabe revestir su palabra de todos los tonos, es abandonado o elevado, llano o sutil, pero no olvida en ningún momento su fin, què es el de orientar espíritus y reformar caracteres. Se confiaban a él las almas desencantadas como las almas presuntuosas: un Apolodoro de Falere, descontento de todo y de sí mismo, o Alcibíades, amante de los placeres y caprichos, orgulloso de la vida [1].

Es Alcibíades quien dice en el «Banquete» de Platón: «Cuando escucho a Sócrates, mi corazón late con más violencia que si me agitase la danza de los coribantes y sus palabras me hacen derramar lágrimas. Cuando he oído a Pericles me ha parecido elocuente, pero cuando he oído a Sócrates, estaba dispuesto a pensar que para vivir como lo hago, no vale la pena de vivir»,

Ha habido en nuestros tiempos un hombre de cuyo recuerdo surge una bella figura de filósofo y de maestro: Don Francisco Giner de los Ríos. Todos sus discípulos—los directores actuales más calificados del pensamiento en España—lo evocan con la admiración mezclada de ternura con que hablan Platón o Jenofonte del maestro griego. No recuerdan hermosos discursos, ni documentadas teorías, ni dichos agudos y limados, sino sus ademanes cordiales, sus palabras serenas, sobre todo la lección inolvidable de su conducta, porque no hacía como los otros la generosidad fácil del hablar, sino llanamente, la heroica generosidad de su vida.

Sus lecciones eran, sobre todo, la emanación espontánea de su vivir y llegaban a sus discípulos insensible y hondamente como un perfume.

(1) *Socrates*, por Víctor Delbos.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

No vive en sus conferencias y proyectos, vive en la admiración y en el testimonio de los jóvenes a quienes acompañaba en pláticas peripatéticas, en excursiones y visitas. Una palabra, una interrupción, una pregunta, a veces un silencio, quedan para siempre como un lema íntimo, como un refrán tenaz, como una armonía a lo largo de la vida.

Los que la oyeron tienen una palabra que es la verificación del verdadero maestro: lo amábamos. Cuando los discípulos hablan así, es que estamos en presencia de un maestro.

Y porque todos decimos eso de nuestras madres, es que la madre es la primera maestra, y los hijos somos, ante todo, discípulos de nuestras madres.

Era Mme. de Staël, o no sé qué mujer sagaz, la que daba a las jóvenes el consejo de escoger como compañero el hijo de una buena madre. (Lo malo de este consejo es que se aplica para cuando la joven puede escoger, lo que no siempre sucede).

Si tanto significa en la vida social el hombre de cultura, será interesante saber cuál ha sido a su respecto el ejemplo de la sociedad en América. Podemos decir resueltamente, me parece, que no ha sido el de la benevolencia. En la América tropical ha sido frecuente el espectáculo de la proscripción y la estirilización de sus mejores hombres por la pasión y la anarquía política.

Estados Unidos ha hospedado y aprovechado muchos de estos desterrados, como pueden atestiguarlo los libros de Appleton, y Europa los ha visto pulular y perecer en sus ciudades.

Como España en el siglo XV, pobre y heroica, expulsaba moros y judíos que enriquecían su producción y su ciencia para lograr la unidad religiosa, las Naciones de América, sus hijas, urgidas por tener una cultura, sobre el obscurecimiento y destrucción de sus hombres de mayor espiritualidad, han erigido su unanimidad política.

Sería una injusticia decir que tal hecho sea en nuestro país otra cosa que un simple recuerdo, pero, como en los demás países, la política y la cultura no han observado la conducta correspondiente al libre desarrollo de ambos, y al contrario, se han hostilizado recíprocamente.

JUAN B. TERÁN

Rector ilustre de la Universidad de Tucumán, Rep. Argentina.

(*La Nación*, Buenos Aires).

La vida es siesta

HABLABAN una vez más de la primera materia nacional, de lo que suele denominarse la masa, del pueblo. Aunque pueblo—el griego *demos*—sea más bien esa masa ya organizada. Hablaban una vez más de ella, y como siempre que de ella entre nosotros se habla, unos la diputaban por lo mejor que tiene España, por lo menos maleado, y otros, en cambio, sostenían que es lo peor, y que con ella ni puede hacerse nada de provecho ni se puede llegar a término alguno.

—¿Caciques?—decía uno—Los caciques los hacen los caciqueados; nuestra masa necesita caciques, los apetece y los busca. «El hombre es lobo para el hombre», decía el refrán; pero yo diría más bien que el hombre es borrego para el hombre. Con este pueblo no cabe hacer cosa de provecho. ¡Vaya una lechigada! Son, naturalmente, serviles, y lo son por estar adormilados. Para ellos lo más sagrado es la siesta.

—¡Y si no se les ha enseñado otra cosa!...—insinuó otro.

—¡Ya salió la pedagogía! ¿Pero no ves, alma de Dios, que los maestros que habían de enseñarle otra cosa salen de su seno mismo, salen de la masa? ¿O es que los maestros son de otra estofa que la del pueblo?

—El pueblo—indicó un tercero—quiere acordeón. Y como veo que esto os suena como acertijo, os lo voy a explicar. Hay una región entre el Noroeste de la provincia de León y el Suroeste de Asturias, región montañesa bravía, donde la masa, el pueblo, escoge por sí mismo los maestros que a temporadas han de enseñar a sus hijos. Y hay hasta una feria de maestros, de maestros babianos. Se les llama babianos porque proceden, en general, de Babia, localidad, que se ha hecho proverbial, de la montaña leonesa de ese lado. Cada maestrillo babiano expone en la feria cuáles son los problemas que sabe o los primores que puede enseñar; pero vence el que sepa tocar el acordeón.

—¿Para que se lo enseñe a los niños?

—No, sino para que a su son bailen mozos y mozas, y acaso para adormecerlos y que se pasen así la siesta de la vida. Porque la vida no es sueño para ellos, como para Calderón de la Barca y sus contemporáneos lo fué; la vida para ellos es siesta, y siesta sin ensueños. Hay que sestear la vida lo más alegremente posible.

—Eso me recuerda—añadió otro, un asturiano—lo que leí en un libro de mi paisano D. Aurelio de Llano de Roza de Ampudia, libro *Del folklore asturiano*, en que habla de mitos, supersticiones y costumbres de Asturias. Y es que contándole al autor en Sames, concejo de Amieva, cierta broma macabra que se permitió un anciano en un velorio, abrazando al muerto por los pies y pidiéndole que le buscara un buen sitio en la otra vida, rodando el muerto sobre el bromista y armándose con esto un toletole, por correr de miedo los vecinos, como D. Aurelio dijese que era todo ello poco serio, le contestó el informante; «¡Ah! Pues verá usted lo que pasó aquí en Taranes; aquello sí que tuvo gracia; ¿dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas montañas?» Lo que como véis es filosofía de acordeón de Babia. O de gaita, o de pito, o de zampoña.

—Sí—dijo otro—; los velorios y los entierros son una diversión, un modo de pasar el rato. Y esta España que a nosotros nos suele parecer fúnebre les resulta a ellos un teatro divertido. Porque se divierten con la tragedia. La filosofía popular es filosofía de tamboril y gaita y hasta cuando hay entierro. «Comer, no comeremos; ¡pero lo que nos hemos reído!...» Y es indudable que el reir engorda.

—De todo lo cual se saca—arguyó el primero—que del pueblo, de la materia prima nacional, de la masa nada podemos esperar para nuestra obra.

—¿Y cuál es nuestra obra, se puede saber? Porque nosotros, maestros babianos también, que le vamos al pueblo con nuestro acordeón regeneracionista o reformista, hemos salido de ese pueblo, de esa materia prima, de esa masa y la llevamos en las entretelas del corazón. O más bien en las del bandullo. Ahora andamos, por ejemplo, con eso de las responsabilidades; pero, ¿no os suena ya a acordeón? ¿Es que lo tomamos en serio?

Todos los demás protestaron contra esta insinuación, sosteniendo que sí, que tomaban en serio y muy en serio lo de las responsabilidades, que es la última forma que ha tomado el regeneracionismo que nació hacia 1898.

—¡Si todo esto nos diese siquiera una obra literaria duradera!...—susurró uno.

Los demás callaron, y hubo entre ellos quien cavilaba un nuevo drama: «La vida es siesta». Un drama en que figuraran duendes, brujas, saludadores, caciques, concejales, futbolistas, ex-ministros, trasgos, la estantigua y el misterioso chápiro verde, que no se sabe si es pez, reptil, pájaro o árbol o piedra preciosa. Un drama de género chico, por supuesto, y hasta de astracán; una bufonada.

Luego se pusieron a hablar de las próximas elecciones generales a Cortes. Y de nuevo se discutió y se disecó al pueblo, a la masa. Y de nuevo salió a relucir el fatídico círculo vicioso de que el pueblo necesita ser educado, pero los que han de educarle salen de él y con sus mismas taras.

El que cavilaba el nuevo drama «La vida es siesta» hundióse en un escudriño, y era resolver por pura cavilación, reconcentrándose, que sea el chápiro verde. Que es todo un problema para coger la siesta.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*. Madrid).

Sobre la unión de la raza

Señor Director de EL SOL

Madrid.

NUEVAMENTE me permito dirigirme a usted en solicitud de espacio para algunas consideraciones relacionadas con la trascendental cuestión de la actuación mancomunada de la raza. A ello me mueven tres razones: el generoso trato dispensado a mi carta anterior sobre el mismo asunto; una convicción, cada día más honda, de que el triunfo o el fracaso de la idea equivale, en el plano de los valores políticos internacionales, a un fatal «to be or not to be» para el porvenir de España y las Repúblicas afines del continente americano, y el hecho de que EL SOL—gracias a la continua y reflexiva atención de sus redactores a los sucesos de Ultramar—haya venido a constituirse en natural plataforma, donde los españoles podamos exponer nuestros anhelos de íntima solidaridad con los hermanos de América.

Deseo hacer constar, primeramente, que me hallo en un todo de acuerdo con la atinada puntuación que EL SOL se dignó poner sobre las íes de mi anterior nota. No era otro, en realidad, el motivo que me llevó a escribirla. De la presente inercia hispánica no podemos, no debemos, en modo alguno, consolarnos, recordando que nuestros abuelos dieron cima a empresas maravillosas. «Tiene importancia escribir la Historia; pero no es menos interesante hacerla.» Conforme. Conviene, sin embargo, no olvidar que, en esta cuestión del hispanoamericanismo, a la Historia corresponde el papel protagonista, por ser ella precisamente el terreno en cuyas entrañas está enraizada la planta que, apenas cultivada durante todo el pasado siglo, ansiamos ahora ver crecer y rendir lozano fruto. En ese campo, cuya prodigiosa riqueza—tanto en manifestaciones espirituales como de física energía—constituye hoy la razón suprema de la robusta confianza que muchos ponemos en los destinos de la raza, han venido medrando—por propia incuria española, por motivos circunstanciales convenientes a la consolidación de las recién nacidas Repúblicas y por calculadas miras de ciertas naciones extranjeras — algunas cizañas, que es preciso escardar cuidadosamente para que la verdad histórica—sobre esto no abrigan dudas los que han buceado en los anales del período colonial—se convierta en el mejor escultor de nuestro ideal. Por consiguiente, no disminuyamos, ni en un ápice, la importancia que la historia tiene en esta cuestión del hispanoamericanismo. Al contrario, estimulemos su estudio. Animemos al Estado para que cree en las Universidades cátedras especiales de Historia americana y fomente, si necesario fuese, con pensiones, el escudriñamiento de los millares de legajos que, relacionados con las mágicas hazañas de los antepasados, guardan los archivos.

Ganancias sólo nos ha de reportar el conocimiento de lo que esos amarillentos papeles cuentan. Y en cuanto a las cátedras de Historia colonial, para que resulten verdaderamente provechosas, creémoslas de Historia colonial comparada. En algunos aspectos, la comparación será, naturalmente, desfavorable para nosotros—especialmente en las etapas más avanzadas del coloniaje—, pero podemos estar persuadidos de que, en general—habida cuenta de las épocas de actuación—, la balanza de la opinión imparcial se inclinará a favor de España. Todo lo malo de nuestro sistema ya se ha pregonado a voz en grito por el mundo. Hubo en él, en cambio, muchos capítulos merecedores del mayor encomio, que apenas si la más selecta minoría los conoce. El conocimiento más general de lo mucho bueno que España hizo en América contribuirá a fundir en un noble orgullo y una común aspiración de avance la veintena de naciones ibéricas, y así, en este caso preciso, escribir la Historia será también hacerla. No hace mucho elogiaba EL SOL la gestión de una oficina del ministerio de Estado—que se llama de Relaciones Culturales— encargada de facilitar libros españoles a instituciones extranjeras que se interesan por nuestras cosas. No escaso servicio podría prestar la dicha oficina al prestigio de la nación y al fomento del ideal hispanoamericano, diseminando por el mundo libros escogidos de vulgarización histórica colonial, como, por ejemplo, el de Don Carlos Pereyra «La obra de España en América» (Biblioteca Nueva) del cual, con gran injusticia, apenas si se ha hablado en la Prensa.

Pero aunque la depuración y divulgación histórica sea tarea que de ningún modo debemos descuidar, conviene insistir, con EL SOL, en que si la raza ha de continuar ejerciendo en el mundo una influencia digna de su tradición, no basta con desenterrar glorias pretéritas. «Veneremos — como ha dicho el brioso ex-rector de la Universidad nacional de México, señor Vasconcelos—las glorias del pasado; pero nuestra raza no está muerta, y, por lo mismo, no debe bastarle con el pasado. No sólo no está muerta, sino que tiene plena confianza en que sus días mejores han de cumplirse en el porvenir.» Y de la ciega fe del señor Vasconcelos en el lumi-

—¿Es un confesor muy hábil, comadrita?

—Como que me ha hecho confesar pecados que jamás he cometido.

(*Excelsior*, México. Por GARCÍA CABRAL.

noso futuro de su estirpe, es elocuente testimonio el escudo de armas adoptado, a instancias suyas, por la Universidad mexicana. Representa éste el mapa de la América luso-española, desde la frontera septentrional de México hasta los confines sudeños de la Argentina, orlado con el lema: «Por mi raza hablará el espíritu».

Y he aquí, señor Director, el motivo de mi presente carta. ¿Está, en efecto, justificado, frente a los acontecimientos contemporáneos, este acendrado optimismo americano acerca de los destinos de la raza? Porque es el caso que todas las voces que de América nos llegan entonan el mismo viril canto de vida y esperanza. Y tanto más rotundo cuanto más cercanos se hallan los pueblos donde surgieron a las fuentes del gran peligro. El hispano que gallardamente se atreve a predecir que por la raza hablará el espíritu es—¡oh manes de Balboa y de Orellana!—precisamente un mexicano.

Por mi parte — considerando el asombroso progreso que algunas de esas jóvenes Repúblicas ya han realizado desde su emancipación, y la pujanza con que las vemos traspasar los umbrales del segundo siglo de su existencia—, yo, por mi parte, creo que sí, que su optimismo está plenamente justificado. Pero con tal que se cumpla una condición: la condición que simboliza el escudo de Vasconcelos: que la raza actúe compacta desde Río Grande al cabo de Hornos y—por solidaridad fraterna — desde la boca del Tajo a la bahía de Rosas. Es la misma condición que, sólo hace unos días, preconizaba este diario como único remedio a la mísera impotencia en que hoy yace la raza ante designios cual el atribuido a los Estados Unidos respecto a la isla de Pinos. «Si hubiéramos encontrado—escribía entonces melancólicamente El Sol—la manera de convivir todos a gusto dentro de alguna forma de solidaridad política, es posible que no nos hallaríamos tan a la merced del ambicioso que eche los ojos sobre alguna de nuestras pertenencias. Pero nos dispersamos. Estamos dispersos. Y así como la unión hace la fuerza, la dispersión es causa de impotencia».

Exacto. Pero no es legítimo desesperanzar. Señalado el mal, cabe el remedio. Lo que aún no se ha hecho puede hacerse. Hay que buscar la forma de solidaridad étnica que nos ponga a salvo de políticas de presa. Precisa despertar de la modorra que nos aniquila dejándonos indefensos. Y ya se pueden descubrir bastantes pruebas de que el despertar se inicia. El sentimiento de la imperativa necesidad de la unión está ya en muchos corazones de aquel y este extremo del Atlántico. Casi al mismo tiempo que en El Sol lanzaba el señor Sanín Cano su plausible idea de la celebración de un Congreso para definir la actitud de la raza ante el peligro de una nueva conflagración europea—es decir, para que «por nuestra raza hable al mundo el espíritu»—, la revista Repertorio Americano que en Costa Rica dirige el señor García Monge, enviaba a los hombres más preclaros de la América latina el siguiente interrogatorio:

«¿Cree usted que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

¿Cree usted, asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las Constituciones de nuestras Repúblicas?

¿Estima usted conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja usted a la intelectualidad de América?

¿Estima usted prudente que nuestra América latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?»

Y, precisamente en estos días ha llegado a mis manos el primer número de un bien presentado boletín mensual, que, con el título de «Renovación», ha comenzado a publicar en Buenos Aires un grupo de estudiantes universitarios argentines. En el programa de esta nueva revista, «anhelosa de anteponer la preparación del porvenir al aprovechamiento del pasado», dicen sus editores:

«Amantes de nuestra nacionalidad, la deseamos, como argentinos, tan grande por sus valores morales que nos sintamos dichosos de pertenecer a ella. Pero al mismo tiempo, como latino-americanos, miramos con fraternal cariño a todas las nacionalidades de la América latina con la esperanza de que un acercamiento progresivo nos aproxime al ideal de unión, solidaridad y federación continental que fué el sueño de nuestros mayores, asociando en una grandiosa nacionalidad común a todos los pueblos que tienen análogos orígenes, desenvolvimiento y porvenir.»

Muchas más pruebas se podrían aportar para sostener el aserto de que el despertar se inicia. Pero ya hace rato que esta carta rebasó los límites prudentes, si ha de aspirar a que tenga usted la amabilidad de publicarla. Baste, pues, con las copiadas, que son las más recientes.

Créame, señor director, su agradecido y asiduo lector, que l. b. l. m.,

Un Español.

(*El Sol*, Madrid).

Guachita

El dueño del boliche, al abrir una mañana el negocio, oyó un llanto infantil. Buscando de donde podría proceder, encontró arrimado a la pared un canasto, dentro del cual, entre algunas ropitas pobres, había una nena de pocos días. Cargado de hijos como estaba, el bolichero no quiso aceptar el regalo: se echó el canasto bajo el brazo y lo llevó a la comisaría.

No sabía el comisario qué diablos hacer con la niña abandonada. La ofreció a varios vecinos de los más pudientes para que la criasen; pero ninguno de ellos quiso hacerse cargo de la criatura.

Aquella misma mañana tuvo necesidad de ir a la comisaría don Rosario Ponce, el guardabarrera, a prestar declaración acerca de unos animales que la noche anterior, habiendo roto el alambrado y pasado a la vía, fueron arrollados por un tren. Cuando estaba declarando el guardabarrera, le dijo el comisario, por broma, si no quería prohijar a la niña que había encontrado el bolichero. Sin meditarlo mucho, Rosario Ponce contestó que sí.

El comisario se sorprendió en un principio. Luego, elogió casi conmovido al guardabarrera, porque, siendo como era un pobre, hacía lo que no habían querido hacer los más ricos.

Bueno: hay que decir, en honor a la verdad, que la decisión de Rosario Ponce no obedecía precisamente a un arranque de altruismo. El guardabarrera, que había enviudado hacía mucho tiempo; que ya se encontraba viejo y achacoso; que vivía solo como un hongo, pensó que aquella criatura, a la vuelta de algunos años, sería para él un buen auxiliar.

Así fué como don Rosario Ponce, el guardabarrera, que llegó a viejo sin que Dios le diese descendencia, entró una vez en su casa con una hija que no se la dió pracisamente Dios; sino

que se la entregó un comisario bajo recibo y metida en un canasto.

Como no se le conocían los padres, la gente le llamaba *Guachita*. Don Ponce no se preocupó de bautizarla: él le llamaba siempre *Negra*, y la trataba de *m' hija*.

En cuanto a ella, por padre suyo tuvo al guardabarrera, y por su casa el viejo vagón postal que era la vivienda del viejo. No sólo padre: madre había sido también para ella don Rosario. El la crió, con biberón y a leche de vaca. Y fuese milagro o lo que fuese, bien robusta creció aquella chicuela que nunca supo de ternuras maternales.

Por cierto que no se había equivocado el viejo cuando la prohijó. Ya desde chiquilina tuvo una compañera servicial en la *Guachita*;; ella le hacía el locro, ella le cebaba el mate, y más: ella subía y bajaba las barreras y mostraba la banderita verde al paso de los trenes cuando al viejo le atacaba fuerte aquel condenado reumatismo que desde algunos años atrás le traía a mal traer.

Desde temprano se mostró hacendosa. Muy amiga de las flores, rodeó de madreselvas el arrumbado vagón ascendido a casa.

Llegó un momento en que las plantas cubrieron los marcos ovalados que en otro tiempo habían encerrado el escudo de la República; y quedó aquello tan lindo, con las manecitas blancas que las flores de la madreselva parecen, que el guardabarrera no cambiaría su vivienda por la de ningún rey.

Eso sí: muy poco sujeta la chiquilina. Le gustaba irse a corretear por los campos durante tardes enteras, besada por el aire y el sol. Volvía de aquellas caminatas muy sofocada, trayendo ramos de flores silvestres, lindas mariposas y bichitos raros. El viejo la reprendía en vano: la *Guachita* se volvía a escapar, con indocilidad de bestezuela; volvía a trepar a los cerros; volvía a mojarse los pies en los charcos; volvía a encaramarse a los árboles en busca de nidos, igual que un muchacho; volvía a correr, hecha una loca, a través de los campos solitarios. aullando de alegría y de salud como una salvaje.

* *

Una mañana el viejo se sintió enfermo; tan enfermo, que no se pudo levantar. La *Guachita* tuvo que encargarse de subir las barreras y de mostrar al paso de los trenes la banderita verde. Tuvo, además, que hacer de enfermera del viejo, preparando los cocimientos de hierbas que le prescribía la curandera.

Ya llevaba el guardabarrera dos sesemanas sin moverse del camastro. Se quejaba a grandes gritos de los dolores que le producía el mal. Todas las tardes, sin embargo, se había acordado de gritarle a la *Guachita:*

—¡Andá, Negra, m' hija! ¡Andá bajá las barreras, que ya no más va a pasar el número seis!...

—¡Negra! ¡Negra!.. M' hija, ¿dónde estás?..

Aquella tarde el viejo gritaba en vano: había desaparecido la *Guachita*. ¿Dónde diablos se habría ido?.. ¡A vagabundear, de seguro!.. Y de un momento a otro iba a sonar la hora del tren rápido, de aquel tren número seis que pasaba todas las tardes como una exhalación frente a la casilla del guardabarrera, conmoviéndola, como un terremoto; haciendo bailar los desportillados platos en el aparador.

El viejo, luchando con la fiebre, que lo aplastaba contra el jergón, se incorporó para ver la hora en el despertador que tenía colgado a la cabecera. Vió la hora, y se horrorizó. Tres minutos... dos minutos..., un minuto faltaba tan sólo para el tren. Pasó rápidamente por su cerebro calenturiento la idea de alguna desgracia, de que el tren arrollase algún vehículo. Significaría perder el empleo, ahora que ya era viejo; después de los treinta años que llevaba en la empresa. Cuando sólo faltaban unos segundos para la hora del tren, saltó del catre; enloquecido por el terror, empuñó la banderita verde y corrió a bajar las barreras.

Algunos pasajeros del rápido pudieron ver la figura extraordinaria de aquel viejo pálido, demacrado, de barba hirsuta, que, mal envuelto en un cobertor, aferraba en la diestra un palo, a cuyo extremo flameaba un trapo verde.

* *

Aquella tarde la chica se había divertido como nunca. Había reunido más flores, más bichitos raros, más piedrecitas de colores, más huevos de pajaros y más mariposas que nunca. Cuando se dió cuenta estaba muy lejos de la barrera; tan lejos, tan lejos, que por mucho que corriese no llegaría a ella a la hora del rápido.

Quiso, sin embargo, intentarlo. También a ella la asaltó el temor repentino de alguna gran desgracia.

Y se lanzó a correr como una loca. Corrió, corrió, corrió desenfrenadamente, y todavía pudo divisar desde lejos el penacho de humo del tren que se alejaba.

Le llamó la atención encontrar bajas las barreras. Acercándose, vió al viejo tendido boca abajo sobre la vía. Quiso incorporarlo:

—¡Tata! ¡Tatita!...

Estaba rígido y frío. Aún tenía en la diestra el banderín verde, a cuyo cabo se aferraban los cinco dedos como cinco garfios.

Entonces, la *Guachita* tornó a correr desoladamente, sin sentir la fatiga de la reciente carrera. Corrió hasta la chacra más próxima, y, en llegando, cayó, rendida, al suelo. Gritó a unos unos peones:

—¡Vengan! ¡A la barrera! ¡Se murió mi tata!.,

Dijo uno de los hombres, por respuesta:

—¡Bien haiga!.. Aura sí que sos guacha endeveras...

Y como lo comprendió así, la hija de los campos, que no recordaba haber llorado nunca, lloró entonces desconsoladamente.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA

(Del tomo *Jesús en Buenos Aires*, Buenos Aires. 1922)

Unamuno y los deportes

(Véase la caricatura de BAGARÍA).

«Desde las alturas—terminó diciendo el Sr. Unamuno—se fomentan los deportes, para que el pueblo se distraiga de otras preocupaciones. El futbol degenera en una fiesta espectacular, como los toros, y sólo sirve para fomentar rivalidades de pueblos. La cultura física no depende de la agilidad material, sino de la agilidad espiritual. Los jóvenes de hoy no se preocupan más que de dar puntapiés al balón, pero no a otros chirimbolos más altos. Yo me contentaré con que la próxima generación adquiera, con su cultura física, la fortaleza que yo ahora tengo».

Letras de América

Las «HUELLAS» de Alfonso Reyes

ENVIO

Ahora, querido Alfonso, que está usted en París hablando de Méjico, me propongo, libre de su influencia, evadido de nuestra amistad, decir algo de su libro último. Esa amistad de todos los días anudada desde que la vida le trajo a Madrid, me ha quitado muchas veces la pluma de la mano que se me iba hacia ella después de haber leído unas páginas suyas. Yo creo que no sabré escribir nada acerca de usted mientras le tenga a mi lado. ¿Tendré que afirmarle después de esto, que no me corre prisa escribir acerca de usted? Y no es que tema a su juicio. Yo sé, querido Alfonso, que usted es de los pocos a quienes se puede sinceramente elogiar, sin que, pesado el elogio, lo echen a mala parte.

Porque voy, decididamente, a elogiarle y tiene que ser a propósito de lo más inesperado, de un libro de versos.

EL VERDADERO ALFONSO REYES

Cuando se pregunta en Madrid quién es Alfonso Reyes, los enterados dicen: Un erudito. Ha trabajado sobre los clásicos, editándolos, comentándolos. Desde su primer volúmen, *Cuestiones estéticas*, supo hacerlo ver. También le han interesado los temas históricos. Es hombre de mucha lectura, formado en los libros, se ha especializado en Alarcón por patriotismo y en las cuestiones Gongorinas, por inclinación.

Sí; eso es Alfonso Reyes. Pero la *Visión de Anáhuac* y los *Cartones de Madrid*, *El suicida* y *El cazador* nos dan otro. El ensayo, en toda su variedad, aparece en estos libros rico de jugo personal, de experiencia viva. Y, de pronto, en *El plano oblicuo*, un salto de humor, nada brusco para quien le viniera leyendo, le lleva al borde de la pirueta.

¿Cuál es el verdadero Alfonso Reyes? Todos. El que lo dude, podrá convencerse ahora leyendo *Huellas*. (México, Andrés Botas e Hijo) (1).

EL VERSO REVELADOR

En verso no se miente. Es más: en verso no se puede disfrazar la personalidad íntima. El dios que se apodera del ánimo cuando el poeta está en su labor creadora, es un dios intransigente con el menor disimulo.

Es también un dios tolerante. No le pide al poeta—como cierto público que empieza en la crítica usual—una actitud definida de una vez para siempre. Que hoy haga reir el que antes hizo llorar, claro que en el momento oportuno—pocos lo admiten. Al dios le interesa no más que, si se hace llorar, como si se hace reir, se haga llorar o reir de veras.

Las cifras que siguen al título de la portada de *Huellas*, 1906-1919, explicarían, si fuera necesario, la variedad de notas encerrada en esa colección. Cada composición es autónoma, dentro de ella. Todas juntas van marcando la evolución de un pensamiento, de un sentimiento, de una forma; van registrando, por sus huellas espirituales, el camino de un alma.

MEJICO Y ESPAÑA

Hay versos fechados en Méjico y versos fechados en Madrid. Entre los primeros, los más impersonales, los ensayos de iniciación, labrados a la sombra de una efigie tutelar. Si nos atreviéramos, junto a Rubén Darío, padrino de todo poeta contemporáneo, señalaríamos a Manuel José Othón, único poeta de Méjico cuya seria influencia se advierte en el nuestro (los sonetos de Chénier, los temas rústicos, en general).

Pero donde mejor se ve a Méjico, o donde nosotros lo vemos mejor, es en poesías de forma tal vez imitada de nuestro siglo de oro. Y en ninguna parte como en la *Glosa de mi tierra;* a la amapola:

> Al pie de la alcaparrosa
> tiende el manto la alfombrilla;
> crecen la anacua sencilla
> y la cortesana rosa;
> donde no la mariposa
> tornasola el colibrí.
> Pero te prefiero a ti
> de quien la mano se aleja:
> vaso en que duerme la queja
> del valle donde nací.

Esto es español, sobre todo en sus líneas generales. Pero como en aquellos edificios de la colonia estudiados por Manuel Toussaint o por el marqués de San Francisco, la línea española, lo que vemos como propio y familiar se altera, dulcificándose, sobre todo en el ornato. Es menos severo, menos grave. Una suave profusión decorativa le añade lirismo y le cambia el tono.

Los versos de Madrid apenas aluden, como, por otra parte, los de Méjico, a paisajes y cosas españolas. Son modos del ánimo. La invitación al ocio de una mañana de junio o la pasividad contemplativa de un San Isidro Labrador. Son una caricia un poco áspera sobre la punzada del recuerdo.

La verdadera parte de España está enlazada íntimamente al mejicanismo: en las predilecciones formales, con reminiscencias de nuestro pomposo siglo XVII, llamadas a adoptar más a gusto las modalidades nativas. La expresión geográfica Nueva España podría volverse expresión literaria para caracterizar, mejor que los versos de ningún otro poeta mejicano, los de Alfonso Reyes.

LA NOTA PERSONAL

A través de todo el libro, desde los motivos iniciales en que se advierte un eco de lecturas, o en los ensayos de versificación bárbara—sáficos o alcáicos, resonancias de exámetro en composiciones rimadas a la moderna—la nota personal se abre paso.

He aquí un poeta culto en quien la cultura no se vuelve cosa baldía. Un hombre capaz de enardecerse intelectualmente con una evocación de lo pasado y de gozar con sencillez, sin fingir gustos refinados,

> (Yo me sé, en el fondo, que es por otra [cosa)

—dice, con paréntesis y todo—de una alegría inmotivada. Un hombre capaz de hablar con dignidad del propio sufrimiento, sin vana ostentación elegíaca. De llegar implacablemente al más vivo análisis, como en la prosa rítmica de *El Descastado*.

Ha tenido Alfonso Reyes la ocurrencia de imprimir como prosa esa poesía, de las más fuertes de su libro. Quizá pueda verse en ello una afectación, aunque, escrita como verso, alguien hubiera de ponerle reparo igual.

Pero no es prosa, sino verso. No sólo la parte irregularmente asonantada; también la otra, la libre, se quiebra, a la lectura, en fracciones que son sin duda versos. La libertad de *El Descastado*—y la de otros poemas *Tarde-Bruma*, *Charca de luz*, *Conflicto*—contrasta con la exactitud buscada en las rimas juveniles por otro camino.

Esta exactitud de la poesía más reciente es fidelidad a la propia emoción. El poeta ha recorrido las distintas etapas de su arte. Al principio, el soneto, que limita bien el campo y da una pauta inflexible. Luego las estrofas,

(1) Es de lamentar el poco esmero de la edición, hecha lejos del autor.

que, sin cortar vuelo a la idea, obligan a una cómoda subdivisión, o la tirada de romance, cuya música, familiar en todos los oídos, está propicia siempre. Por fin, la libertad, anunciada antes por el huir de la rima difícil—repitiendo una palabra o cambiando en el esdrújulo el asonante por el consonante—y reveladora de la verdadera plenitud.

En cuanto a formas, el libro es muy vario. Del tesón con que están buscadas pueden dar muestra evidente las dos versiones del francés mejor que las inglesas: *El castellano de Coucy* y *El abanico de Mlle. Mallarmé.* En el libro de Reyes, el artista no abandona nunca el servicio del poeta.

FINAL

Advierto, querido Alfonso, que no le he alabado en demasía. Conste, como le dije al principio, que no fué por temor de que se me enojara.

E. DÍEZ-CANEDO.

(*España*, Madrid).

Pío Baroja en el teatro

Comentarios propios a la obra

"Adiós a la bohemia"

La pequeña escena dramática titulada "Adiós a la bohemia", que se va a estrenar en el Teatro Cervantes, no tiene nada esotérico, y no se presta, por su parvedad de materia, como dirían los antiguos, a un comentario.

A mí, como a la mayoría de los escritores de libro, se me ha venido a la imaginación muchas veces la idea de escribir para el teatro, naturalmente atraído por la posibilidad del dinero y del éxito.

No lo he hecho por varias razones. Primeramente, las tres unidades clásicas me estorban para imaginar algo con fuerza; luego, me estorba también el tono de la retórica actual en el teatro. Yo, cuando he intentado escribir para la escena, lo he hecho en un tono gris o en un tono conceptuoso y altisonante. Los dos extremos de la expresión los siento mejor o peor; el término medio, no.

La retórica un poco casera, vulgar y al mismo tiempo falsamente natural, la que la gente de teatro considera el lenguaje típico de las pasiones, la que se encuentra en la fraseología de Galdós, de Dicenta, de Benavente y de Martínez Sierra, yo no la puedo soportar.

Además de las seducciones del dinero y del éxito, podía existir, al pensar en hacer algo para el teatro, la ilusión de crear una cosa nueva, por pequeña que fuera, o también la ilusión de ser moralista y pedagogo al estilo de Dumas, hijo.

El crear algo nuevo en el teatro me parece imposible. Todo lo que se ha dado como nuevo en estos últimos cincuenta años, desde los poemas de Ibsen hasta las chapucerías espiritistas de Maeterlinck, han quedado como al lado del teatro, sin conseguir entrar dentro ni tener una vida lozana.

El teatro, como arte puro, igual que la pintura, la escultura, la arquitectura y quizá también la música, es un arte cerrado, amurallado, completo, que ha agotado su materia; un arte que ha pasado del período de la cultura al de la civilización, como dirían Houston, Stewart, Chamberlain y el moderno autor de la decadencia de los pueblos occidentales. El teatro, desde hace mucho tiempo, ha dejado de inventar para repetirse.

En estas artes la fórmula pomposa de D'Annunzio "O renovarse o morir" es pura retórica. ¡Qué ilusa renovación la de este elocuente repetidor de los más viejos lugares comunes! ¡Renovarse! Nos podríamos contentar con que el hombre se hubiese renovado algo desde la época del reno hasta aquí. En la mayoría de las artes y en la del teatro la fórmula no puede ser más que ésta: O repetir o morir. Un gran espíritu innovador, un Destoievski, en el teatro no se puede imaginar. Yo creo que actualmente en la literatura la única originalidad posible está en los detalles. En esto está la fuerza de Marcel Proust. En el teatro no puede haber detalles, todo tiene que ser brochazos y chafarrinón.

Para moralizar en el teatro hay que sentir un entusiasmo proselitista, y al mismo tiempo tener el conocimiento de las socaliñas de los bastidores, cosas ambas que yo no poseo. A pesar de esto, no es la idea de las tres unidades férreas, ni la represión por la retórica vulgar y falsamente natural, ni la seguridad sentida de antemano de no poder inventar nada nuevo, ni la falta de entusiasmo proselitista la que me ha impedido a mí escribir para la escena.

En principio lo que me ha estorbado más para hacer una obra de teatro ha sido la idea del público. Las novelas que yo he escrito las he hecho sin pensar gran cosa en el público. Lo mismo me pasa cuando suelo trabajar en el jardín de mi casa: trabajo por dejarlo lo más agradable que puedo, pero no busco la aprobación de nadie ni me pongo a comparar este pequeño jardín con otros grandes y maravillosos.

Cierto, ya sé que al escribir un libro, con el tiempo algunas personas lo leerán y hasta quizá me den su opinión; pero estas personas son para mí tan vagas, tan problemáticas, tan lejanas, tienen tan poca realidad, que no me preocupan. Así, por ejemplo, de mi penúltimo libro "La leyenda de Juan de Alzate", que yo creo que entre lo que yo he escrito es de lo mejor, me habían hablado tres o cuatro personas, a lo más. Esto me da una impresión de libertad, de irresponsabilidad, me hace pensar que un libro es como una carta escrita a la familia. Al pensar en una comedia o en un drama, esas personas fantásticas que yo veo de ordinario en una perspectiva lejana, se me acercan tanto en la imaginación, que se apoderan de ella, y se hacen tan reales, toman tal aire de Aristarcos, imponen tal número de condiciones y de exigencias, observan lo que hago, lo miden lo pesan, lo comparan con esto y con lo otro, y me producen, a la larga, la inhibición y la perplejidad que me hace abandonar mis proyectos.

He aquí por qué no he hecho más que tentativas teatrales tan exiguas y tan pequeñas como esta de "Adiós a la bohemia", que se va a estrenar en Madrid, en el Teatro Cervantes.

PÍO BAROJA

Vera de Bidasoa, febrero 1923.

(*El Sol*, Madrid).

Las armas de la paz

Tanto España como América necesitan organizar su propaganda internacional, hasta para desvirtuar la ajena, que les es, por lo común, contraria.

Una de las cosas más esenciales para ello y para la mayor y más eficaz inteligencia de las repúblicas hispanoamericanas entre sí y de todas ellas con España, es la comunicación telegráfica, aérea o submarina, sin intervención de tercero. Hasta ahora ha faltado un cable exclusivamente de Hispano-América o conjuntamente de América y España. Parece innecesario recalcar sobre la importancia de un cable como arma política y económica. La información es la nodriza del prestigio.

Hoy estamos a merced de ingleses, franceses y yanquis. Cuando la guerra de España contra los Estados Unidos, el cable inglés encajaba traidoramente cien puñaladas cada día a la esperanza española, a la economía española, al Ejército, al prestigio y al honor españoles.

La mayor parte de los cables que se reciben en Europa de los países americanos proceden de Yanquilandia, o bien obedecen a inspiración yanqui, así aparezcan como de Buenos Aires, Asunción, La Paz, Habana, Managua, Tegucigalpa, Valparaíso, Veracruz, Ciudad Bolívar, Guayaquil, Bogotá, etc., etc.

Esto es, como si los lobos hablasen en nombre de los corderos.

No se cablegrafían sino terremotos, revoluciones, desastres. Que se le va un tiro a un ciudadano y hiere a un policía: revuelta; que cae al Magdalena, al Apure, al Paraná, a cualquier otro río, algún holandés borracho, y en dos o tres días no se encuentra su cadáver: inseguridad en los extranjeros; que no se asiente a alguna reclamación fraudalenta contra el Estado —de esas que casi siempre apoyan y algunas veces inspiran, y no por amor al arte exclusivamente, los diplomáticos extranjeros—: denegación de justicia. Hispano-América toda: un desierto peligroso cruzado de tigres y de hombres más feroces que los tigres.

Los cinematógrafos completan la obra de los cables: el traidor, el ladrón, el cobarde, el vicioso, el raptor de la joven inocente, el mal hombre, suele ser algún mejicano de sombrero cónico y aspecto de truculencia, o simplemente un tipo moreno, de patillas negrísimas, llamado Gómez, González, Rodríguez, que puede ser de cualquiera de los pueblos españoles, ya europeos, ya americanos.

Entre tanto, y a pesar de sus detractores, la América crece: escribe, lee, piensa, legisla, comercia, explota sus minas, navega sus ríos, penetra en sus bosques, higieniza sus ciudades, las embellece, las dota de museos, bibliotecas, escuelas. A pesar de las siniestras profecías de pedantes antipáticos como el francés Gustavo Le Bon, que vive de rodillas, idólatra y servil, ante yanquis e ingleses, la América levanta la cabeza.

Y contra la voluntad de todos sus enemigos, desmintiendo los cables y cinematógrafos del yanqui, las agorerías ridículas de la pedancia científica francesa y las informaciones tendenciosas e interesadas de periódicos y periodistas europeos, sin responsabilidad, sin documentación y sin talento, la América de origen español, tomada en conjunto, ha realizado durante un siglo esfuerzo tan asombroso que no es inferior en nada al esfuerzo de los mismos Estados Unidos, aunque América haya luchado con factores adversos que los Estados Unidos no conocieron.

Poco antes de la guerra, por ejemplo, la importación y exportación de la América latina en globo, no era inferior a la importación y exportación de la América sajona. Ahí están las estadísticas.

Se admira y se adula a los Estados Unidos de Norte América porque representan un poder político único; y se desconoce y se niega a los Estados Desunidos de Sur-América porque representan múltiples estaditos que no infunden miedo a nadie.

Bolívar tuvo razón cuando luchó por confederarnos: prometiéndonos, unidos, un puesto director en los negocios del planeta; augurándonos, si desunidos, la insignificancia y aun el oprobio.

Aquel Roosevelt yanqui que pasó en su país por eminente hombre de Estado y que vivió contradiciéndose como mediocre y ruidoso gacetillero que siempre fué, dijo en cierta ocasión que ninguno de los Estados de la América española pasaría de ser, en sus días de más esplendor, un pequeño Portugal. Poco después el hombre ése, aunque sin confesar su despropósito, lo enmendaba asegurando—había hecho un viaje a varias repúblicas hispánicas—que si el siglo XIX había sido el siglo de la América sajona, estaba convencido de que el siglo XX iba a ser el siglo de la América latina.

Creo que ya se ha dicho que nada se parece tanto a un profeta como un charlatán.

* *

Pero, ¿qué se sabe de América, de la verdad de América, en Europa? ¿Qué se sabe, ni aun en España, que pudiera leer—aunque no lee—nuestros periódicos, nuestros libros, nuestra legislación, y descubrirse a sí misma en nosotros?

Tomemos el caso de Méjico, pueblo diez veces admirable, por su energía, por su inteligencia, hasta por sus desórdenes. ¿Qué se ha dicho durante diez años en Europa? Se ha dicho cuanto los yanquis quisieron que se dijese; y apareció Méjico, el gran pueblo de Hernán Cortés y Guatemoc, como un país de bandoleros.

Sin embargo, no había que observar la superficie de las cosas, sino su fondo y esencia. A pesar de los excesos inherentes a toda revolución, y sin los cuales una revolución no existe —porque la revolución consiste precisamente en la superación violenta de antiguas normas,—en Méjico se cumplían y se cumplen prodigios.

En aquel país, librado de las garras de un odioso tirano que se apoyó, contra su pueblo, en los capitalistas nacionales y extranjeros—aquel Porfirio Díaz, cuyas muletas fueron la plutocracia y el terror—, en aquel México que se alzó de la gleba y de la ergástula, se cumplieron a un tiempo dos revoluciones: una revolución interna de manumisión: el proletariado de ciudades y campos contra los capitalistas y terratenientes; y otra revolución externa: la independencia de México contra los Estados Unidos.

Antes que Rusia—aun era Rusia imperio de los Zares—ya tuvo México en la letra de sus leyes y en la práctica de su vida el comunismo triunfante. Y en cuanto a su lucha de liberación contra el yanqui, no ha cesado esta guerra santísima desde que cayó el monstruo porfiriano, cruel, inexorable con el indio pobre del Sur; todo miel y concesiones petrolíferas, ferrocarrileras, bancarias y territoriales con el hombre rubio y capitalista del Norte.

Mientras Porfirio Díaz gobernó para la plutocracia yanqui-mexicana, los Estados Unidos aplaudieron a México y la bautizaron la república anglosajona de la América Latina. Colmo de elogio en boca yanqui. Pero desde que cayó Díaz, desde que el cupón dejó de cobrarse, desde que los grandes latifundios fueron parcelados, des-

de que el Estado se posesionó de los ferrocarriles, desde que el indio tuvo derechos y propiedad, cesando de ser cosa, desde que se legisló sobre el petróleo en sentido nacional, los Estados Unidos descubrieron que México era un país de bandoleros. Eso vienen repitiendo hace diez años. Y hace diez años Europa—sin exceptuar a España—viene repitiendo lo que le inculcan los yanquis.

Pues bien: yo digo que esos bandidos son admirables. Hombres de guerra, hombres de revolución, ajenos a toda norma y práctica de gobierno, llegan al Poder, y en el Poder se conducen, principalmente frente a la política corruptora o amenazante de los Estados Unidos, con una cordura, con una sagacidad, con un patriotismo y, sobre todo, con una energía que son dignos de la más profunda admiración y del más profundo respeto.

Un bandido, como aquel Carranza de ayer y como este Obregón de hoy: esos son los hombres fuertes, los hombres guías, los hombres hombres que producen los pueblos en momentos de apuro para poder salvarse e imponer nuevos ideales.

¿Qué sabe el público español de las luchas que han sostenido, y sostienen tan bien masculados varones? Nada. Los cables solo nos cuentan las partidas de boxeo celebradas en Chicago, o que ardió un vagón del ferrocarril en Baltimore o que en California se produjo una manzana «the greatest in the world».

Porque los verdaderos rastacueros son esos yanquis, cuyas cosas son—dicen ellos—las mayores y mejores del mundo, «best and greatest in the world». Pero tienen cien millones, dinero, barcos de guerra: Francia no puede ver en ellos nada ridículo. Al contrario: les ruega que le perdonen lo que les debe, pretensión que hace reír a los yanquis; les envía a Briand a mendigar una alianza que ellos no conceden; envía a Clemenceau para pedirles que juzguen las diferencias de Francia con Alemania. Y Clemenceau, el llamado tigre, convertido en viejo cordero enmasculado, somete toda la política francesa al juicio de los Estados Unidos con estas palabras de sumisión: «Jugez, américains».

Entre tanto, una parte de la Prensa francesa — baste citar al simpático «Matin»—se convierte en eco de la propaganda yanqui de descrédito con respecto a la América; y la Cancillería francesa, ¿cómo vacilará en reconocer a los Estados Unidos un derecho policíaco en el nuevo mundo?

Sí; tanto España como América necesitan organizar su propaganda para desvirtuar la ajena. Y lo primero que necesitan son cables, Prensa, agencias de información oficial. Esas son las armas de la paz, que también triunfan en la guerra. Ya veremos adónde conduce el no tenerlas.

R. Blanco Fombona.

Jardines y huertos en los sitios desocupados

[En cada ciudad hay numerosos sitios desocupados que podrían producir flores o legumbres. En muchas ciudades de los EE. UU. hay organizaciones que fomentan el cultivo de esos sitios y ayudan a los niños y a las familias a sembrar y cultivar esos terrenos, proporcionando herramientas y dando instrucciones, por una modesta cuota, lo que da un beneficio positivo a los que se dedican a esta hermosa tarea y contribuye a aumentar la belleza de las calles.]

Nunca, lector, cuando andas a lo largo de la calle en que vives, y cuando pasas al frente de los sitios desocupados que esperan el tardío comprador, nunca te has detenido a pensar en el terreno que allí se pierde, que podría dar rosas o coliflores?

Por si tienes tú algo dentro de ti que te impulse a obrar, a construir; por si no eres un simple espectador de la vida, por si comprendes tú que más que censurar, quejarte y maldecir de todo, te corresponde trabajar, te voy a decir lo que se hace en muchas ciudades de los Estados Unidos con esos terrenos desocupados, lo que tú podrías esforzarte por que se hiciera también en tu patria.

En muchas ciudades hay organizaciones especiales para fomentar el cultivo de los sitios desocupados. Por un dólar, o poco más, los clubs ponen a disposición de una familia de cinco personas un sitio desocupado, el cual lo dan arado y perfectamente listo para sembrarlo; dan las semillas para legumbres y flores; dan instrucciones detalladas en cuanto al trabajo, manera de sembrar y cultivar; dirigen técnicamente a estos cultivadores improvisados, y distribuyen además premios entre los que cultivan de la mejor manera el sitio que se les ha dado.

El espíritu que ha movido a los pobladores a cultivar los jardines es ante todo un espíritu cívico; ayudan a hermosear la ciudad. Si además cultivan legumbres para proveer a la mesa, no recogen con ello sino la justa recompensa de su esfuerzo y civismo. Tanto familias ricas como pobres reclaman sitios para cultivarlos con sus propias manos. Pagan sólo un dólar por el sitio y otro dólar por arriendo de herramientas, y el promedio de la cosecha de cada sitio ha sido de medio centenar de dólares. No es esta una institución de caridad, es una institución cívica para hermosear la ciudad y aprovechar los terrenos perdidos.

Los propietarios no tienen ninguna razón para negarse a conceder estos sitios que van a ser aprovechados y hermoseados, siendo así que ellos los tienen abandonados, afeando el vecindario.

Para el cultivo de estos sitios se asocian a veces algunos vecinos, lo que les da una entretención amena para sus ratos desocupados y contribuye a cimentar amistades. El cultivo de estos terrenos hace que los que trabajan en las fábricas u oficinas de la ciudad alternen sus ocupaciones sedentarias. El cultivo de la tierra enseña a los habitantes de la ciudad a amar los árboles y cuidar por su preservación y hermoseamiento. El cultivo de estos sitios es un incentivo para que los niños trabajen en faenas saludables y alegres.

Por poco que se considere el problema, se comprenderá cuántas ventajas se derivan del sistema de cultivar los lotes desocupados bajo la dirección de un club especial: salud para todos, sociabilidad para los vecinos, educación e higiene para los niños, dinero ganado para las familias, fragancia y hermosura para las calles de la ciudad.

(De la *Revista de Educación Nacional*. Santiago de Chile).

¡La oportunidad!

¡La *oportunidad!* ¿Qué será eso de la oportunidad, para estadistas pusilánimes? Cuando los problemas políticos que un Gobierno debe resolver son muchos, es cómodo declarar inoportuno al principal de todos ellos, para excusarse de resolverlo. Y cuando se atraviesa una época de calma, sin problemas urgentes, ¿no será más cómodo todavía declarar que es absurdo crearse problemas inexistentes, interrumpiendo esa paz octaviana? ¡La oportunidad! Si la diferimos hasta un porvenir vago, hasta las calendas griegas, es evidente que el estadista tímido jamás la encontraría, como Bertoldo no encontraba el árbol para ser ahorcado. El verdadero valor de los políticos se mide por su audacia en saber ser oportunos.

Gabriel Alomar

De los libros que nos llegan

(Indice)

[JUANA DE IBARBOUROU. *Raíz Salvaje*. Editor: Maximino García. Montevideo, 1922. Págs. 104].

OLOR FRUTAL

Con membrillos maduros
perfumo los armarios.
Tiene toda mi ropa,
un aroma frutal que da a mi cuerpo
un constante sabor a primavera.

Cuando de los estantes
pulidos y profundos
saco un brazado blanco
de ropa íntima,
por el cuarto se esparce
un ambiente de huerto.

¡Parece que tuviera en mis armarios
preso al verano!
Ese perfume es mío. Besarás mil mujeres
jóvenes y amorosas, mas ninguna,
te dará esta impresión de amor agreste
que yo te doy.

Por eso, en mis armarios
guardo frutas maduras
y entre los pliegues de la ropa íntima
escondo, con manojos secos de vetiver,
membrillos redondos y pintones.

Mi piel está impregnada
de esa fragancia viva.
Besarás mil mujeres, mas ninguna,
te dará esta impresión de arroyo y selva
que yo te doy.

COMO LA PRIMAVERA

Como un ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste
diciéndome luego:
—¿Duermes sobre piedras cubiertas de
[musgos?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan
[negras
porque acaso en ella exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.
¿Qué perfume usas? Y riendo te dije:
—¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

NOCHE DE LLUVIA

Llueve... Espera, no duermas.
Estate atento a lo que dice el viento
y a lo que dice el agua que golpea
con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
para escuchar a la hechizada hermana,
que ha dormido en el cielo,
que ha visto al sol de cerca,
y baja ahora elástica y alegre
de la mano del viento,
igual que una viajera
que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo ondeante!
¡Con qué avidez se esponjará la hierba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
del ramaje profundo de los pinos!

Espera, no te duermas. Escuchemos
el ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
tu frente taciturna.
Yo sentiré el latir de tus dos sienes
palpitantes y tibias,
tal cual si fueran dos martillos vivos
que golpearan mi carne.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos los dos un mundo,
aislado por el viento y por la lluvia
entre la cuenca tibia de una alcoba.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema,
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

LA LAGUNA

La noche es suave y muelle
Tal cual si fuera hecha
con los vellones blandos
de alguna oveja negra.

No hay luna. Vago a oscuras
por el campo hechizado.
Huelo frescor de juncos,
De sauces y de álamos.

Voy junto a la laguna.
¡Oh misterio del agua!
El agua es un ser vivo
Que me contempla y calla.

La laguna, esta noche,
parece pensativa.
Mi alma se alarga a ella
como una serpentina.

¡Cuánto me gusta el agua!
¡Cuánto me gusta el agua!
Hacia ella se inclina
Cual un junco mi alma.

Acaso en, otra vida
ancestral yo habré sido
antes de ser de carne,
cisterna, fuente o río...

ESTIO

Cantar del agua del río.
Cantar continuo y sonoro,
arriba bosque sombrío
y abajo arenas de oro.

Cantar...
de alondra escondida
entre el oscuro pinar.

Cantar...
del viento en las ramas
floridas del ratamar.

Cantar...
de abejas ante el repleto
tesoro del colmenar.

Cantar...
de la joven tahonera
que al río viene a lavar.

Y cantar, cantar, cantar
de mi alma embriagada y loca
bajo la lumbre solar.

LOS PINOS

Yo digo ¡pinos! y siento
que se me aclara el alma.
Yo digo ¡pinos! y en mis oídos
rumorea la selva.
Yo digo ¡pinos! y por mis labios pasa
la frescura de las fuentes salvajes.

¡Pinos, pinos, pinos! Y con los ojos cerrados,
veo la hilacha verde de los ramajes
[profundos,
que recortan el sol en obleas desiguales
y lo arrojan, como puñadas de lentejuelas
a los caminos que bordean.

Yo digo ¡pinos! y me veo morena,
quinceabrileña,
bajo uno que era amplio como una casa,
donde una tarde alguien puso en mi boca,
como un fruto extraordinario
el primer beso amoroso.

¡Y todo mi cuerpo anémico tiembla
recordando su antiguo perfume a
[yerbabuena!

Y me duermo con los ojos llenos de
[lágrimas,
Así como los pinos se duermen con las
[ramas
llenas de rocío.

Varona, Vasconcelos, Sanín Cano y José Ingenieros

Idea de un Congreso de Intelectuales Hispano-Americano

Por una de esas felices casualidades que suelen presentarse en la vida del estudiante, cada vez más frecuentes, dada la admirable convergencia de las tendencias espirituales de nuestro tiempo, hemos reunido en nuestras manos copioso material de propaganda, referente al ideal que hemos llamado, con Unamuno de «americanidad» para distinguirlo del «panamericanismo» en boga, institución oficial de yanquilandia y eficaz instrumento de los sindicatos financieros, industriales y mercantiles de Wall Street.

El eminente Varona ha sugerido la idea de una práctica y más estrecha unión entre los intelectuales de América (Respuesta de una *enquête* de REPERTORIO AMERICANO: *Renovación*, Buenos Aires, enero 1923); Sanín Cano ha lanzado, en *El Sol* de Madrid, (enero 11-1923), que la ha acogido con la inteligencia y el entusiasmo de siempre, la iniciativa de reunir un Congreso Hispano-Americano; José Ingenieros ha definido con la precisión de su claro talento los ideales de la *Renovación mexicana* (Discurso del 11 de octubre de 1922, en honor de Vasconcelos); y, en fin, nosotros, en carta dirigida al venerable maestro de la intelectualidad cubana, hemos solicitado por esos mismos días de enero que se organice el esfuerzo cultural de nuestra América en un congreso libre de toda influencia oficial y ajeno por completo a los convencionalismos diplomáticos. Simultáneamente con este unánime y espontáneo movimiento de opinión, Cisneros ha escrito un hermoso artículo en *La Nación* de Buenos Aires, sobre la cooperación literaria en América. Con el caudal inconmensurable de fuerzas espirituales convergentes de que estas manifestaciones no son sino un indicio ¿no seremos capaces de organizar, los que pensamos, una institución poderosa y verdaderamente representativa de los altos ideales que nos animaran al estudio y a la acción? ¿Dejaremos que las vacías cáscaras de instituciones caducas malogren el esfuerzo espiritual que nos permite presentarnos a la altura de la mentalidad moderna de los países más cultos. y con mayor libertad que en ellos? Tienen la palabra los intelectuales de América.

E. E.

(Mercurio Peruano. Lima).

Hemos recibido

L'AMÉRIQUE LATINE

PERIÓDICO HEBDOMADARIO

El viejo y ya reputado periódico parisiense «Le Brésil» y las revistas «L'Amérique» y «La Gaceta de América», que tan buena acogida obtuvieron en Francia y en el continente colombino, aparecen hoy refundidos en uno solo bajo el título común de «L'Amérique Latine».

El nuevo órgano de la prensa viene a llenar un vacío que, desde hace tiempo, se hacía sentir; será el gran diario sudamericano de París, al igual del «New York Herald», que es el más grande cotidiano estadounidense de la capital francesa.

Tendrá el periódico una parte redactada en portugués y otra parte redactada en español.

Sus artículos de fondo y sus principales crónicas traerán las firmas más famosas y más queridas de los escritores latinoamericanos, junto a otras de franceses no menos célebres. Será, en fin, el primer ensayo periodístico que se realiza para ofrecer regularmente, a sus lectores, la más completa síntesis de la vida diaria francesa y latinoamericana en sus múltiples manifestaciones.

La vida intelectual, artística, literaria y económica de Francia se reflejará en la página destinada a este país, página que se dividirá en siete partes:

1º La vida intelectual y literaria, presentada por Gustavo Lansón, Director de la Escuela Normal superior de París.

2º La vida teatral, presentada por Enrique Bidou, redactor del «Fígaro» y de los «Debates», profesor de las Facultades católicas de París.

3º La vida artística, presentada por Luis Hourticq, profesor de la Escuela de Bellas Artes de París.

4º La vida económica, «Francia que trabaja», presentada por J. Decamps, director de los Servicios económicos del Banco de Francia.

5º Galería de retratos contemporáneos, firmada por nombres ilustres: Mauricio Barrés, Clémenceau, Raimundo Poincaré, Gabriel Hanotaux, etc.

6º «Billetes de la quincena a una sudamericana», del novelista Max Daireaux, y artículos sobre la vida de París y ecos mundanos.

7º Artículos sobre la vida internacional en sus aspectos esenciales, etc., etc.

Forman los latinos de América tres grupos:

1º Aquellos que hablan portugués y que se hallan concentrados en la república de los Estados Unidos del Brasil con unos 30 millones de habitantes; a ellos, nuestro periódico ofrecerá todo lo que daba el antiguo «Brésil», gracias a nuestros nuevos tipos; gracias a la presentación resumida de nuestros telegramas; gracias a sus redactores que saben decir mucho en pocas frases, lo esencial de lo que en una semana puede interesar al público brasileño. En nuestro Consejo de redacción nos ayudarán con su saber, diplomáticos y hombres de letras, como los señores Leao Velloso y J. P. de Souza Dantas y escritores, como el conde de Gonzalves Pereira, Demetrio Ribeiro, Francisco Guimaraes, Cyro de Azevedo y Silvio Rangel de Castro, por no citar sino a nuestros primeros colaboradores.

2º Los que hablan español y que pueblan 18 repúblicas. Hemos tratado de que todas esas repúblicas tengan en nuestro Consejo de redacción alguna personalidad que las represente.

Por ello, figuran entre nuestros redactores: un boliviano, el historiador y novelista Alcides Arguedas; dos chilenos, el diplomático Carlos Morla Lych y el literato Leonardo Pena; un colombiano, el dramaturgo Miguel Santiago Valencia; un cubano, el diplomático Manuel Tejedor; un ecuatoriano, el diplomático y crítico Gonzalo Zaldumbide; un mexicano, el hombre de letras Alfonso Reyes; un panameño, el diplomático Raúl Amador; un paraguayo, el diplomático E. Leyba; un peruano, el estadista, diplomático y sociólogo Francisco García Calderón; dos hijos de la República Argentina, uno por su nacionalidad, el publicista y poeta Manuel Ugarte, otro por sus vinculaciones, el novelista Max Daireaux; un dominicano, el escritor Lucas T. Gibbs; un uruguayo, el historiador Hugo D. Barbagelata; un venezolano, el ensayista A. Zérega-Fombona, dos centroamericanos, los diplomáticos Pedro Jaime de Matheu y Frank T. Medina. Ese conjunto, que encierra varios de los más grandes nombres literarios e intelectuales de la América Latina, podía obtenerse únicamente en París y forma por sí solo el símbolo viviente de nuestro programa, de nuestra fuerza y de la vitalidad de la América que representa.

3º Los que hablán francés, lengua oficial de Haití y sumamente divulgada en el Canadá, dos países en los

que parecen juntarse las civilizaciones francesa, española y anglosajona. Se deben, pues, seguir con sumo interés esos contactos susceptibles de realzar la civilización de dos grupos nuevos en los que se compenetran, con la francesa, la cultura inglesa, la española y la norteamericana.

Para reunir todos esos esfuerzos, bastará el trabajo armonioso de aquellos cuya colaboración será de todos los días: Hugo D. Barbagelata, redactor en jefe; Luis Guilaine, redactor principal por el Brasil; Mauricio Guénard, redactor principal por el Canadá; Jacques Feillet, secretario de redacción. El Consejo de administración del diario, presidido por el Barón d'Anthouard, ministro de Francia, ex-ministro plenipotenciario en el Brasil, se ha sentido feliz de asegurarse su competente y apreciado concurso.

«L'Amerique Latine», como todo buen periódico moderno, prestará atención especial a su publicidad a la que dará un carácter completamente nuevo, haciendo que ella contribuya, por su parte, a estrechar vínculos comerciales y económicos entre Francia y las demás naciones de América.

Nada de lo que sirva para unir más a los pueblos latinos entre sí, será desdeñado. Y desde ya, en las páginas de «L'Amérique Latine», hallarán sus lectores el más completo servicio telegráfico latinoamericano; los más exactos datos sobre cambios y movimiento de vapores, las más artísticas notas gráficas, las más amenas conversaciones de actualidades y los mejores ecos mundanos.

En lo económico, en lo literario, en lo científico y en lo artístico, no se omitirán sacrificios con el fin de conquistar un primer puesto entre la prensa franco-americana de París.

(Envío de A. Reyes. Madrid).

You are cordially invited to attend the International Health Education Conference, which will be a part of the World Conference on Education, to be held in Oakland-San Francisco, in the State of California, from June 28 to July 6, 1923.

The purpose of this Conference is to discuss aims and ideals, subject matter, and methods of health education in relation to all school-age children. The problem of training leaders and teachers in the field of health education will be given special consideration.

It is earnestly hoped that you can be present.

Program arranged through cooperation of
Joint Committee on Health Problems in Education of the National Education Association and the American Medical Association,
American School Hygiene Association.
Departments of Child Hygiene and Physical Education of the National Education Association.
American CHILD HEALTH Association.

Reply to:

Committe on Arrangements, International Health Education Conference, 370 Seventh Avenue, New York, U. S. A.

Room 1648

Chairman: DR. THOMAS D. WOOD.
Secretary: SALLY LUCAS JEAN.

La Biblioteca Circulante gratuita de don Alberto Masferrer, prestará los más importantes servicios

Don Alberto Masferrer está organizando una «Biblioteca Circulante Gratuita» (1), la cual presta sus servicios en toda la República. Cree el organizador, que así contribuye eficazmente, a difundir e intensificar la cultura en El Salvador, y especialmente a combatir el analfabetismo, puesto que «si los padres se aficionan a la lectura», es de suponerse que ellos harán todo esfuerzo para que sus hijos no se queden analfabetos. Por lo menos, esa Biblioteca resolvería uno de los aspectos más graves del problema: el de millares y millares de personas «que aprendieron a leer, pero que «nunca» leen. Llevándoles los libros a su propia casa, y no exigiéndoles remuneración alguna por ellos, es casi seguro que no rehusarán leer a menos que fueran imbéciles absolutos; lo cual, felizmente, no puede presumirse de un pueblo como el salvadoreño, a quien lo único que le falta, es «educación y oportunidades».

La «Biblioteca Circulante», a que nos referimos, no es precisamente una institución por nacer, pues hace ya catorce meses que comenzó a formarse. Lo que hará ahora es adoptar un buen método de trabajo, una orientación bien marcada, y una organización en que puedan todos colaborar, encaminando sus esfuerzos a un fin perfectamente sencillo. De institución enteramente privada que ha sido, se convertirá en institución pública.

Según los datos que tenemos a la vista, la Biblioteca en referencia ha repartido ya gratuitamente, desde el 1º de octubre de 1921 hasta el 30 de noviembre de este año, «cuatrocientos treinta y nueve volúmenes», entre libros, revistas y folletos, como se detalla a continuación:

1.—«Instrucción Cívica Centroamericana», por Salvador Mendieta, enviada por don Sofonías Salvatierra, de Managua	47 ejm.
2.—Libros varios, obsequiados por la casa Editorial de don Joaquín García Monge, de Costa Rica	27 ,,
3.—«Pensamientos y Formas», libro de A. Masferrer	49 ,,
4.—«Una Vida en el Cine», libro de A. Masferrer	4 ,,
5.—«Leer y Escribir», libro de A. Masferrer	114 ,,
6.—Ejemplares del «Repertorio Americano», semanario muy importante, del señor García Monge	43 ,,
7.—Obras diversas, selectas, de autores europeos	33 ,,
8.—Clásicos griegos e italianos, enviados por el Departamento de Bibliotecas Nacionales de México	64 ,,
9.—Folletos y varios, nacionales y extranjeros	21 ,,
Total	439 ,,

Según la nueva organización de esa Biblioteca Circulante, ésta tendrá su Centro Directivo en esta ciudad, y una Sucursal en cada una de las poblaciones donde se encuentren personas de buena voluntad que quieran desempeñarlas. Solamente se exceptuarán aquellas poblaciones que tienen ya buenas bibliotecas municipales. El señor Masferrer espera encontrar en cada población, algunas personas que gustosamente quieran ayudarle en esta labor tan sencilla y tan útil.

Daremos más informes acerca del desenvolvimiento que vaya alcanzando la Biblioteca Circulante.

(1) De la que ya dimos cuenta en el número anterior.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

La gran amenaza de la civilización

Cáncer. Prevención. Curación

POR EL DR. EWARD PERCY ROBINSON

EL cáncer ha sido durante épocas una amenaza pública. El temor acompaña siempre su nombre, quizás nada hace empalidecer más pronto que el que le digan a uno: usted tiene cáncer, lo que es como una sentencia de muerte cuya ejecución está señalada con crecidos detalles. Una nube de horror cruza inmediatamente por nuestra mente. El alma se enferma. El mundo se transforma.

¿No sería una gran cosa libertar el pensamiento de esa pesadilla, transformar la desesperación en esperanza? En verdad nadie que tenga sentido común sería capaz de despertar una esperanza sin tener una base para hacerlo. Hacer eso sería moralmente criminal, reprensible y extremadamente cruel.

Veamos qué fundamento poseemos para alimentar la esperanza de evitar y curar, lo que vulgarmente se llama cáncer.

¿Cuál es esa enfermedad que la civilización persigue sin descanso? Su nombre no da idea de su naturaleza, pues cáncer viene del latín y significa cangrejo, así como Carcinoma se deriva de la palabra griega Karkinos que significa la misma cosa. El nombre que los antiguos escritores dieron a esta enfermedad fué un producto de su imaginación, que era lo que se hacía en aquellos tiempos; ellos pensaron que ella se parecía a un cangrejo y por eso lo llamaron cáncer o carcinoma. Al desarrollarse la enfermedad producía tentáculos que iban succionando las carnes del paciente, por consiguiente, se parece más al pulpo que al cangrejo. En resumen, el nombre es desgraciado, porque el cáncer no es un animal, ni es producido por los gérmenes o parásitos, es puramente una aflicción personal que se produce a cierta edad y no es ni contagioso ni infeccioso, es decir, que se comunica de una a otra persona, ni inoculándolo, pero como el nombre origina de miles de años, antes que los científicos descubrieran la naturaleza de las células encontradas en los tejidos del tumor, ha persistido hasta encontrarse no sólo en nomenclatura científica, sino también en el lenguaje vulgar. Para alcanzar una verdadera concepción del cáncer, es necesario decir algunas palabras sobre la inflamación. Casi a todo el mundo le es familiar, en alguna forma, la manifestación física conocida con el nombre de inflamación, desde que es positivamente reconocida por sus manifestaciones características, a saber: fiebre, hinchazón, color rojo y dolor; sin embargo, estos síntomas no son siempre vistos por el observador casual. En el cáncer ellos están profundamente situados y todo lo que puede observarse es una hinchazón o un tumor en la parte afectada. Un exceso de sangre en una partícula del cuerpo aumenta más o menos el calor de esta parte. La hinchazón se debe en parte a un aumento de sangre y en parte a un crecimiento de las células en la región inflamada. La afluencia de sangre ocasiona la coloración roja; mientras el dolor lo produce la presión o la irritación del nervio en la superficie afectada.

La inflamación es un proceso natural perfecto, es siempre el primer paso en la curación de toda herida, curación que se verifica por lo que se llama proliferación de las células; solamente cuando la inflamación se produce por infección bacterial o por sustancias químicas o tóxicas, llega a ser un estado patológico o una enfermedad. Cuando las causas desaparecen, la inflamación baja y la parte prontamente recupera su estado normal.

El cáncer comienza siempre por un punto de inflamación, y en cualquier parte que aparezca, la superficie se inflama, y durante todo el curso de su existencia la superficie afectada permanece inflamada.

Todo cáncer pasa por ciertos períodos, al principio es ligeramente rojo, lo que se llama hiperemia, de aquí pasa al estado inflamatorio, lo que no es otra cosa que una forma grave de la hiperemia original; cuando la inflamación continúa se forma un tumor debido no solamente al aumento de la proliferación de las células, sino a su mayor crecimiento. Al principio, el tumor puede ser muy pequeño, pero en la mayoría de los casos se desarrolla rápidamente y alcanza considerables proporciones. De nuevo el tumor puede parar en crecimiento y no alcanzar nunca el estado canceroso y aun alcanzado este estado su malignidad puede ser detenida. Sin embargo, si, las condiciones son favorables a la formación cancerosa, las células del tumor comienzan a dividirse de una manera irregular. La naturaleza o método de división es tal que no puede formarse una nueva célula y en este período se licúa.

El Profesor W. H. Pike, dice: Un simple organismo, (o sea una célula) puede crecer y desarrollarse solamente hasta cierto punto limitado por su grado de especialización. Si es posible un progreso posterior, la vida individual cesa y da lugar a un sucesor.

Es únicamente por las observaciones del microscopio como el estudio de la vida celular se ha hecho posible y en verdad, el descubrimiento de la célula ha sido una simple casualidad.

Un monje, como narra la historia, observaba con el microscopio un pedazo de tejido vegetal y creyó ver pequeños espacios o cavidades situados los unos junto a los otros, a cuyos espacios llamó células. Años más tarde un médico hizo el descubrimiento similar examinando un tejido animal y llamó también a estos espacios células. Este nombre se les ha dado, aunque ellas no son realmente células, sino por el contrario, partículas sólidas de materia.

Como el estudio microscópico de la célula es muy importante para el diagnóstico del cáncer, se explicará el lector por qué en este estudio la naturaleza de la célula se estudia tan minuciosamente.

Durante los últimos treinta años, el estudio del cáncer ha ocupado en muy alto grado la atención de los investigadores, quizás más que cualquiera otra enfermedad, y por consiguiente la célula ha sido el principal objeto de este campo de estudio.

Se ha establecido el hecho de que todos los tumores y cánceres son compuestos de las mismas células que los tejidos en los cuales se encuentran. Por ejemplo: si el cáncer se desarrolla en el hígado, las células del cáncer serán células del hígado, si ataca el hueso, sus células serán las del hueso y así sucesivamente toda la variedad de células que funcionan en el cuerpo de los tejidos. La única diferencia que los patólogos han encontrado entre las células del cáncer y las normales de los demás tejidos, es la manera de dividirse, la rapidez de su crecimiento y las variaciones de tamaño y forma; así unas pueden ser grandes y se llaman gigantes, otras redondas; algunas tienen la forma de una araña y se llaman de acuerdo con la forma que toman.

De lo que se deduce claramente, que cuando la división de la celula es imperfecta, no puede desarrollarse una perfecta desde que ésta es producida por la mitad de ella. Así cuando muere la familia de una célula su propagación normal cesa naturalmente. Para esclarecer esto, nadie podría pensar en sembrar la mitad de una semilla de manzana con la esperanza de obtener un manzano perfecto, y este mismo principio gobierna el crecimiento de las células. Como la muerte hace desaparecer innumerables millones de estas imperceptibles células del cáncer, se forma nna cavidad en el tejido que estaba sano, por el proceso de la ulceración.

Lo que se llama raíces de un cáncer son simplemente los vasos linfáticos y las venas dentro de las cuales se ha extendido la inflamación cancerosa. Estas se endurecen y anudan, de la misma manera las glándulas vecinas al cáncer se hinchan y endurecen, y es de estos centros en donde un segundo cáncer se desarrolla después de la extracción del primero. A este proceso secundario se le dá el nombre de cáncer metastático (lo que significa el paso de la enfermedad de un órgano a otro no estando conectados entre sí); pero la inflamación persiste siempre durante la enfermedad, y el único cambio en las células del tejido originalmente sano consiste en sus formas características: la manera de dividirse irregularmente y su subsecuente licuefacción y muerte.

La conclusión de esto es alarmante y puede exclamarse: «Un cáncer no es sino un estado de inflamación que se ha convertido en inflamación maligna». Se deduce de aquí que si el cáncer es una inflamación, el método más apropiado para evitarlo es abste-

nerse de todo lo que cause inflamación. Lo principal entre esto, como hemos visto, es el exceso de carbonato en la sangre y en los tejidos del cuerpo.

Este es el agente que da principio al foco de inflamación; pero muchos lectores dirán que ellos conocen cánceres que han comenzado por una lesión, como un golpe, una magulladura o algo igual, y en cierto sentido esto es verdad porque con la magulladura comienza el período inicial de hiperemia del cual nace todo cáncer; pero si la magulladura por sí misma produjera el cáncer, habría desaparecido desde hace mucho tiempo el reino animal, porque todo ser viviente ha recibido en algún momento de su vida una lesión traumática.

El cáncer no es una enfermedad hereditaria, pero puede adquirirse. Los padres no pueden trasmitirla a su descendencia; puede encontrarse en ciertas familias, pero puede observarse que en estas familias existe cierta tendencia a la inflamación. Esta tendencia se alimenta por el uso excesivo de una o muchas sales de soda, las cuales mencionaremos luego; por cuya razón las personas en cuya familia exista el cáncer deben tener un gran cuidado en no usar con exceso esos productos químicos.

Esto nos conduce a ciertas consideraciones sobre la causa del cáncer. En primer lugar debemos hacer conocer lo que es un organismo normal con el objeto de comprender el proceso de la enfermedad. Debemos saber lo que es la salud antes que podamos comprender lo que es la enfermedad, puesto que la enfermedad es únicamente una divergencia, una aceleración o un retardo del proceso que llamamos normal; para llegar a esta comprensión necesitamos emplear solamente simples términos. Aprender la nomenclatura es conveniente a las inteligencias preparadas para la ciencia, pero esto produce poca luz a los que no son especialistas, por esta razen emplearemos únicamente los términos sencillos.

Dice William Walker en su libro *Entendimiento y Cuerpo:*

«Todo ser viviente proviene de una partícula de materia infinitamente pequeña en la cual la más hábil investigación científica es incapaz de descubrir la más logica sememejanza, lineamiento o sugestión, con la forma adulta que de ella se ha desarrollado.

»Esta partícula viviente de la cual procede el más completo organismo, se llama germen. Es simple en su estado primordial, una célula de materia viviente dotada potencialmente de un principio de crecimiento, expansión y madurez final de la estructura orgánica; pero en el germen no se descubren trazas de la estructura orgánica. En verdad, no se sabe de una manera positiva el que un germen tenga efectivamente vida; tal vez sería mejor definirlo, de primer intento, como una vida potencial. En ningún caso, ni el microscopio ni el análisis químico son capaces de indicar la existencia en un germen, propia de cualquier hecho o cualidad por los cuales pueda diferenciarse de otras células que no tienen poder de crecimiento o desarrollo.

»El mejor punto de vista es que todo germen que puede llegar a ser un cuerpo orgánico es él mismo una porción desprendida de la sustancia de algún organismo capaz de vida, actualmente existente.

»Durante mucho tiempo el aforismo de Harvey «Omne vivum ex ovo» (todos los seres vivientes provienen de un huevo) fué aceptado como la expresión correcta del principio de toda vida individual; pero este aforismo ha sido modificado por los biólogos modernos así: «todo ser viviente proviene de algo vivo, consistiendo la distinción en que una célula puede tener todas las cualidades de un germen excepto el destello de vida y aun permanece incapaz como otra materia no viviente de llegar a ser un cuerpo orgánico.

»La investigación se ha aplicado cuidadosamente al estudio de los gérmenes de todas clases y sus cualidades han sido claramente determinadas. La célula viviente se encuentra llena del compuesto químico llamado proteína, que consiste, según el análisis, en oxígeno, hidrógeno, carbono y nitrógeno con trazas de sulfuro y fósforo nadando en mucha agua. Debe observarse que la proteína no es un producto natural, es decir, que es siempre, hasta donde puede saberse, un producto esencial del organismo vivo o un producto; de aquí la conclusión que refuerza la creencia de que sin vida la vida no puede empezar.

»Así, pues, es del germen de donde nace todo cuerpo orgánico. El es el principio de la vida individual. De aquí que la historia de la vida individual es una historia de procesos, cambios, adaptaciones, en una palabra, una evolución. El primero de estos cambios y transformaciones es simplemente el crecimiento. El germen o célula viviente comienza a crecer, esta es la primera manifestación en verdad; la partícula de materia es un verdadero germen. Ella se ensancha por una fuerza aparentemente interna; pero al principio sin otra modificación característica, permanece en el primer ensanchamiento simple y homogénea.

»El segundo período de la evolución se señala por la manifestación de una estrechez en el ecuador de la célula en la cual comienza a efectuarse una división y se producen dos células en lugar de una. Cada una de las dos partes asume, en turno, la forma y carácter de la célula original; pero la división no es completa, la sustancia de las dos células continúa flotando en común bajo la línea de la estrechez. Alrededor de los dos lóbulos aparecen líneas de división y se producen cuatro partes en vez de dos, y estas cuatro partes dividiéndose llegan a ser ocho, cada una de las cuales conserva las características del germen original. Así se produce lo que se llama agregado de células qus es el primer período de avance del germen hacia un sér órgánico completo.

»Nace inmediatamente la cuestión: ¿por qué medios se efectúa el primer crecimiento del germen de la vida; de dónde vienen los elementos que emplea la célula en su crecimiento? Verdaderamente no vienen de la nada. La célula tiene el poder de agrupación y lo tiene en virtud del principio de vida interno. Extrae de sí misma y absorbe el alimento por el cual se produce el crecimiento y otros fenómenos de división. Los elementos así reunidos se encajan entre las partes de la célula viviente y no son mecánicamente alterados, pero son absorvidos y asimilados por la sustancia de la célula, es declr, son digeridos por ésta.

»Los organismos de los animales más grandes y del hombre se componen de 30 o más especies de células. Un agregado de células constituye una federación, es decir, que ciertas células se unen y forman lo que se llama tejido. El cuerpo está formado por diferentes formas de tejidos; por ejemplo: tenemos el tejido muscular, el tejido óseo, etc,

»El cuerpo de todos nosotros es simplemente una gran comunidad de células de varios gérmenes. Las células nacen por varias formas de reproducción común a todas ellas, de la subdivisión. Toda célula crece hasta cierto tamaño y cuando asume la forma de una campana de gimnasio con una cintura muy delgada ésta se divide y las dos células se separan la una de la otra. De esta manera y de esta única manera es como crecen los cuerpos; los materiales necesarios para el crecimiento de la célula son suplidos por los alimentos y la nutrición compartida con el individuo. Las células mueren después de haber cumplido su misión y sus cuerpos son arrastrados por dentro de las venas por las células acarreadoras y arroja-

das al crematorio de los pulmones donde se consumen.

El cuerpo sufre constantemente un proceso de cambio y de regeneración. Las células viejas son expulsadas a cada momento y reemplazadas por nuevas. Nuestros músculos, tejidos, cabellos, uñas, nervios, sustancia cerebral y aun nuestros huesos se rehacen y reconstruyen constantememente. Hoy nuestros cuerpos no poseen una sola partícula del material que poseían pocos años hace; pocas semanas bastan para reemplazar toda nuestra piel y pocos meses para las otras partes del cuerpo. Si un microscopio suficientemente grande fuera colocado sobre nuestro cuerpo veríamos todos sus elementos tan activos como una colmena, cada célula está en acción y movimiento y todo el trabajo de la colmena humana se cumple de acuerdo con las leyes y el orden que lo rigen.

»Estamos obligados a reconocer un poder de reposición natural inherente al cuerpo; una declaración similar ha sido hecha por los teorizadores de la medicina, en todos los tiempos. El cuerpo posee un medio y mecanismo para modificar o neutralizar las influencias que él no puede vencer directamente. Oliver Wendel Holmes, dice: «Cualquiera que sea la teoría que aceptemos, debemos reconocer la «vis medicatrix naturae» en una u otra forma.» Bruce dice: «Así como las funciones ordinarias de los órganos, existe dentro de nosotros un poder natural real y activo de prevencien y restauración de los desórdenes y enfermedades». Hipócrates, decía: «La Naturaleza es el médico de las enfermedades».

»En toda célula se encuentra el grado de inteligencia necesario para llenar la misión que desempeña.

«En resumen, las células del cuerpo son los organismos vivientes de la expresión y manifestación de la inteligencia subconsciente».

La siguiente cita de «La Medicine Mental», del Dr. Tomás I. Hudson claramente expresa una verdad nítida, para la ciencia moderna: «Se deduce a priori que toda célula del cuerpo está dotada de inteligencia, y esto es precisamente lo que la ciencia biológica nos dice que es verdad. Comenzando como la forma más inferior de la vida animal, toda célula viviente está dotada de una maravillosa inteligencia. En verdad no puede trazarse ni una línea entre la vida y la inteligencia».

«Las células están dotadas de la facultad de dicernimiento».

Ellas deben distinguir entre los alimentos que las nutren y las sustancias que no lo hacen. Así las células de nuestro cuerpo están sostenidas principalmente por las sales químicas tomadas del animal y de las materias vegetales que usamos como alimentos. Estos alimentos después de haber sufrido cambios físicos y químicos pasan a la sangre. Las células están obligadas a aceptarlos o rechazarlos. En condiciones normales toman lo que necesitan para conservar su salud y rechazan lo demás. De aquí que el gran arte de conservar la vida sana consiste en saber la cantidad que necesitamos de los diferentes alimentos. Mucho de una clase o poco de otra puede ser igualmente perjudicial.

La naturaleza ha apropiado la vida vegetal a las necesidades animales o lo que conduce al mismo resultado, el animal necesita de las sustancias que contienen las plantas. Los más importantes elementos que el suelo suministra a las plantas alimenticias son clorina, magnesia, hierro y nitrógeno, sulfuro, fósforo, silicio, potasio, sodio y calcio y otros libres como los nitratos.

Las sales quimicas de las plantas llenan las necesidades del animal que se alimenta de ellas, pero para evitar el recargo en la célula animal de cualquiera de los componentes tomado como alimento, es accesible al animal una variedad de la vida vegetal.

La alimentación del hombre, siendo tanto animal como vegetal, mantiene equilibradas las proporciones de estos componentes químicos, pero existe una sal tan artificialmente aumentada que su justa relación con las demás es enormemente desproporcional. Esta sal es el cloruro de sodio o la que es conocida con el nombre de sal de mesa. El aumento de este ingrediente en nuestra alimentación es manifiesto para todo aquel que viva en medio de la actual civilización, porque no existe una sola vianda que no haya sido salada en el proceso de su preparación y otra vez salada cuando se sirve y generalmente una vez más antes de ser comida.

Consideremos por un momento la cantidad de sal que se consume diariamente y lo que sucede con el exceso. El sentido común nos indica inmediatamente lo insensato que debe ser continuar tomando tan desproporcionada cantidad de esta materia.

(Concluirá en el próximo número).

Canciones de madre

A doña María Teresa de Dengo.

DORMIDO

Allá tras las montañas
encuentra un nido el sol,
y el sueño en tus ojitos
también ya se anidó.

Callad, rumor del agua,
callad, dulce canción...!

Sobre el vallado verde
se cierra el girasol,
tus ojos inocentes,
cerráronse, mi amor...

Callad, brisa del prado,
callad, dulce canción...!

El pájaro en la rama
tranquilo se durmió;
tú duermes, hijo mío,
aquí en mi corazón.

Callad, voz de la tierra,
cantad, Angel de Dios...

Carlos Luis Sáenz

Agosto 1922.

Mayo

Mes de la Virgen, mes de la flor,
mes de la santa germinación.

¡Mayo pluvial! Suave cantar
del mirlo amante en el azahar.

Mes de las Reinas, mes infantil,
mes en que se abren rosa y jazmín.

Mes de los prados reverdecidos,
mes de los pájaros y de los nidos.

Manto de mayo verde amarillo,
para la fiesta del pajarillo.

Mes de los prados, mes del jardín,
mes de colores, mes colibrí!

¡Mes de la vida, mes de la luz,
mes de las flores para la cruz!...

Carlos Luis Sáenz

Mayo 1923.

Reflexiones

Había que oir a ciertos elementos hacer la crítica de la educación civil nacional y censurar la enseñanza pública!

Más de una vez oímos que el cuartel era la Universidad popular! Y no faltaba quien propusiera que se militarizara los Institutos, las Normales y las Universidades.

La ironía es la flor de la libertad de espíritu, es el arma más sutil y más eficaz contra el prestigio—prestigio quiere decir engaño—del principio de autoridad y contra la disciplina sin magisterio. A nada teme Pirgopolinices más que a la ironía.

Miguel de Unamuno

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica